



Travesía de un pintor

por Roberto Godoy Arcaya

"Es necesario que el ojo se haga parecido al objeto visto para aplicarse a contemplarlo"

(Plotino, *Enéades*, V)

Tras lo visible, lo invisible

Los ojos y la imaginación espacial del artista, enfrentados al mundo que lo seduce, arrastran al resto de sus sentidos a fusionarse en una sola y única pasión, la que dirige su mano y los pinceles sobre la tela hasta culminar en su obra pictórica. El pintor deja de ser sólo él, ha comenzado un viaje de figuraciones; desde su propia naturaleza corpórea, penetra otros espacios, épocas y acontecimientos que atrapados en el instante de una mirada, pinta como si hubiesen sucedido en su interior.

El espectador ante la obra terminada, se siente atraído por la inmediata certeza visual de que tales formas y extensiones pertenecen a una realidad reconocible, y poseen sus mismas apariencias, su actuar y el espacio que lo acoge en su vida cotidiana.

Y descubre algo más.

Que los escenarios que el pintor ha elegido en su acto de hacerse un solo ser con el cuadro, irradian desde sus líneas y colores otras significaciones, esta vez invisibles a los sentidos, pero que su mente los capta hasta el punto de querer desentrañarlos. Es el espíritu oculto de la obra de arte, que revela a cada espectador un misterio que vincula su propio ser al del creador y a su creación, prolongando la existencia de esta última más allá de sus límites físicos. Nacido de los presagios de la mirada, el cuadro y su ímpetu pictórico –enfrentado a quien lo contempla– abre el camino hacia su propia revelación.

Es así como Guillermo Muñoz Vera, que habita su obra cuando pinta, genera desde el estricto realismo, las sensaciones que conducirán hacia impredecibles pensamientos e imágenes. El espectador ante su obra se ve incitado a dirigirse hacia las presencias no visibles, las cuales no tienen una sola dirección, ya que su mirada al recibir aportaciones inéditas en formas y significados, regresa a la pintura enriquecida, con ansias de acrecentarla, de impulsar una vez más su expansión hacia lo imaginario. El espíritu de esa mirada pendular, interminable en su interacción, confiere al realismo de Muñoz Vera su pleno valor visual en la confirmación de la presencia de lo invisible.

Travesía por la exposición

Esta exposición es una sucesión compleja de imágenes que definen el mundo creativo de Guillermo Muñoz Vera. El texto a continuación representa el posible inicio a sus cuadros mostrando lo que no se ve. Es cada espectador quien podrá contemplar y acceder a la aventura pictórica y poética, dejándose llevar por su propio espíritu contemplativo.



Dos tonalidades diferentes de azul, uno que sube desde el abismo del mar y otro que desciende del espacio cósmico, invaden la superficie del océano, el aire, hasta un territorio que se creía era el fin del mundo, el extremo más austral de América. En su recorrido por el continente, los azules comienzan a cambiar entre archipiélagos, ríos, montañas, golfos y nubes, y de hielos que desaparecen. Así, el espacio azul, desnudo y solitario, abandona su gélida pureza, mezclándose con otros colores, fríos y cálidos, que tiñen los verdes paisajes entre marrones, amarillos, grises, ocre o morados, sin perder su esencia en el cielo y el mar. En este camino, la tierra comienza a ser ocupada y se funda un mundo habitable de pueblos y ciudades.

Las temibles aguas del mar austral, por su profundidad abisal, y lo desconocido de su inasible masa líquida, fascinan y atemorizan. Más aún, provocan pavor, cuando furiosamente surgen los vientos con sus olas que, azotan los precipicios de las montañas, los arrecifes, atolones o grandes roquedales, como poseídas de un ansia absorbente por tragar, horadar, o arrasar los pétreos límites continentales, hasta transformarlos en nuevas extensiones oceánicas.

Y cuando las aguas están apaciguadas, son las fortalezas de piedra las que producen una sensación amenazante sobre el espejo de las aguas. Sus negros farallones, tensamente inmóviles, estremecen nuestros espíritus. Es una sobrecogedora inquietud que nace y se agita ante las inmutables verticales que apuntan al cielo, presagiando lo inesperado, lo terrible, con la misma violencia de las volubles aguas en las tormentas. Temores que se gestan en la travesía de nuestras miradas por los turbadores paisajes marinos y terrestres.

En la cima de uno de estos acantilados está el faro de Los Evangelistas, que con su fulgor intermitente indica tierra, y advierte de los peligros en las noches en que el mar se ceba violentando sus extensiones; fiereza que es aún más destemplada en el último hito territorial al sur de América, el archipiélago Diego Ramírez en el mar de Drake, cuyo faro, hoy reconocido como Faro del Fin del Mundo, soporta vientos desmesurados y permanentes.

El sutil haz de luz de los faros de esa región, es la única defensa invencible que perfora silenciosa e intangiblemente la inmensidad de la noche, brillando a través de las olas gigantes, el viento furioso, y el cielo tormentoso, protegiendo a los barcos y a sus angustiados marineros.

La acción directa de la luz de los faros en la noche, es comparable a diversas formas orográficas en el día, como las del monte Sarmiento, cuya mole resplandeciente en su blancura nevada, es hito referencial para los navegantes durante las horas solares. Silenciosa luz del faro y silencioso resplandor de la montaña; una controlada por los solitarios y aislados fareros, la otra, por la naturaleza confabulada en un solo cuerpo; ambas ilusionan y orientan a los caminantes o navegantes, en el día o en la noche, en el suelo continental o en el incierto océano.

En el pasado, los que vivían en las costas, o los marinos en los barcos, tenían además otra forma de protegerse: rezaban y arrojaban al mar reproducciones de santos, deidades y seres mitológicas, que se hundían hasta las insondables profundidades de sus aguas. En dos cuadros de Guillermo Muñoz Vera, un *Moai* de Isla de Pascua y un *Sátiro danzante de Mazara*, irrumpen en nuestra visión gracias a las linternas de submarinistas que dan vida al azul profundo y envuelven las esculturas mitológicas con una radiación de luz inquietante. Son iluminaciones fugaces, que cuando las linternas submarinas se apaguen, la oscuridad volverá y las divinidades no responderán, provocando la misma desesperanza y miedo que sienten los marineros cuando el faro deja de parpadear o ya no existe.

Otros vigías anuncian el ataque frontal de las aguas oceánicas contra los litorales. Los lobos marinos, los pingüinos, las aves del mar –gracias a estar poseídos del don de sentir los secretos del cielo y de las aguas– perciben que se acercan, más enfurecidos que nunca, los vientos trayendo la tormenta, los rayos, y los torrentes que caerán del cielo. Temerosos, comienzan a rugir, chillar, volar en círculos, causando la alarma en los animales de los bosques y montañas que oyen sus clamores, y que a la vez comienzan a emitir los suyos. Son los avisos que resuenan en el espacio, y que también sienten los aborígenes ante su enemigo de siempre, el mar y sus terribles inclemencias encolerizadas e imbatibles, están por llegar una vez más.

Muñoz Vera ha pintado el árbol llamado *Coigüe (Nothofagus betuloides)*, el último ejemplar que existe en el punto más austral de la Tierra del Fuego. Su imagen es el símbolo dramático de la fuerza de los vientos causantes del temblor erizado del mar que traerá la tormenta, y que gracias a la dureza de su madera y sus recias raíces, no ha podido ser arrancado de su suelo. Pero no por ello ha dejado de ser humillado por el fragor de los vientos, que poco a poco han ido deformando su envergadura y ramajes, impidiendo su extensión vertical. Doblegado y encorvado, se ha convertido en una endurecida melena horizontal que seguirá creciendo. Claro símbolo de la lucha entre las fuerzas naturales y agresivas, y las de la resistencia de la tierra, irremediablemente alterada en sus paisajes y en su desaparecida flora, fauna y habitantes.

II

Por los océanos discurren las únicas y esenciales rutas por las cuales los descubridores buscan encontrar las desconocidas tierras del planeta, y con ello extender los dominios geográficos de sus reinos. Es preciso prepararse para ello con conocimientos de navegación, y con todos los procedimientos e instrumentos necesarios para afrontar los rigores del océano.

Sabios, eruditos, geógrafos, cartógrafos y navegantes, llevaban siglos abocados al estudio del globo terráqueo, especialmente de todo aquello que repercutía en las rutas marítimas hacia inéditos lugares y continentes. Nuestro pintor nos muestra diversos aspectos de esta larga investigación analítica, como es su pintura del astrolabio inventado por el toledano Azarquiel, que en 1078 localizó definitivamente todas las latitudes; O la pintura del primer atlas del mundo, el *Theatrum Orbis Terrarum* creado por Abraham Ortelius y publicado en 1570, donde aparece por primera vez el Océano Pacífico. También vemos las pinturas de personajes como Fra Mauro delante de su famoso mapamundi del siglo XV en el que aún no se había descubierto América; o como otro cuadro en el que dos jóvenes cosmógrafos en la cubierta de un barco que navega en una noche estrellada, calculan en planos la dirección de su ruta bajo la Cruz del Sur; y por último el cuadro de Pedro Sarmiento de Gamboa en su despacho examinando mapas, preparando su viaje por el Estrecho de Magallanes.

Estudios, invenciones y cálculos de navegantes, que en sus travesías marítimas, en la mayoría de las veces, se verán desbordados por los vientos en pugna y la imprevista y destructiva acción del océano.

Sarmiento de Gamboa debe llegar al Estrecho de la Madre de Dios, o Estrecho de Magallanes para fundar fuertes y ciudades. La travesía desde España fue catastrófico y las naves tuvieron que enfrentarse a la misma furia marina sufrida por la nao *Victoria* de Sebastián Elcano, resistiendo gigantescas arremetidas de oleajes, como magistralmente la ha pintado Muñoz Vera; en esta pintura y en primer plano, aparecen dos albatros, señal de buen augurio según las creencias de la época, por

encarnar a las almas de los marinos muertos en el mar, y suponer una imprevista aparición de tierras desconocidas, en virtud de que tanto aves como marinos necesitaban tierra firme donde recuperarse en su larga travesía.

Quizás fue el buen augurio de los albatros, lo que recibió a Sarmiento en una rada entre montañas. Nuestro pintor pinta la nave anclada sobre aguas calmas mientras desde una minúscula y elemental canoa los aborígenes la observan a una prudente distancia; sin duda les parecerá una inmensa y extraña nave, compleja y sorprendente, venida de una tierra ignota y con un poderío que cruza mares y soporta tempestades. Mientras, la mirada opuesta de los conquistadores, desde dentro de la nave, contemplan algo que los asombra: la inalterable inmovilidad, no solo de esos habitantes en su canoa, sino también del monumental e inmutable paisaje de montañas: configuraciones telúricas, pétreas y boscosas que las verán estampadas en sus rostros, como en el de una indígena de la Patagonia Insular, *Rosa Kauxia*, también inmortalizada por nuestro pintor.

En el cuadro *Mujeres en el nuevo mundo* Muñoz Vera nos presenta esta vez la contemplación de las mujeres que navegan con los marinos hacia las nuevas tierras. Están agrupadas junto al mástil con expresiones variadas, de placer duda y oración; hay asombro ante lo que ven, que sugestivamente no aparece en el cuadro; sin duda que sienten que cualquier cosa puede sucederles en esas tierras inéditas, y que sólo tienen que estar disponibles a lo que pueda venir, quizá algo ilimitado y portentoso.

Un poeta de la época, de perfil en una ventana con media cara visible al exterior, y la otra media al interior de una habitación sombría, está relatando poéticamente las imágenes de lo que ha visto y vivido durante su viaje a las costas de América, en un acto que los griegos llamaban *ekphrasis*, la descripción verbal de su aventura visual. Dos micrófonos graban sus palabras como si fuese un discurso contemporáneo. En este cuadro, Muñoz Vera quiere reflejar el encuentro simultáneo de dos épocas con dos formas radicalmente distintas de comunicar: la antigua y natural, y la moderna y tecnológica. Así, cuando el poeta, de cuerpo presente y voz directa, emite su relato –aun diciendo lo

mismo– será apreciado de diferente manera por los posibles oyentes: fuera de la ventana se percibirá la descripción de lo visible, sensorial y concreto, mientras que dentro de la habitación, debido a la penumbra y la menor intensidad sonora, la percepción del relato se hará más accesible a lo invisible y poético. Sin embargo, esta diferencia entre lo interior y exterior, desaparece con los dos micrófonos de la época contemporánea; hoy por hoy, en una grabación, no comparecen los matices de lo dicho por la voz del poeta, ni que sean oídas bajo la luz o la sombra; solo se puede captar una narración lineal a través de las ondas de las comunicaciones.



El mismo mar

Planes y sueños de una mujer que contempla de pie, en las *Piedras de Colmenar*, tierra adentro de Castilla, una extensa planicie árida que ve transformarse en un espejo de agua hasta culminar uniéndose al cielo; es el horizonte de un mar ilusorio que extasía a la mujer llenándola de esperanzas; un espejismo del desierto del alma de quien sólo desea abandonar su tierra y partir a cualquier lugar donde llenar los vacíos que siente. Mientras, otro personaje –*Inmigrante*– parte de su tierra originaria a través del océano, no por necesidades espirituales sino por encontrar una mejor vida para él y para la familia que deja. Es un inmigrante, lo hace a la aventura –como miles– y es una playa solitaria al otro lado del mar, la que lo recibe; en ella espera despertar de su sueño cubierto por una manta, con su rostro apenas asomado para respirar el aire de la tierra que lo salvará.

La mujer de los espejismos, seguirá yendo a la cantera mágica porque ya cree que vive en otras distantes naciones. Nuestro pintor en la *La dama del río Manzanares*, nos señala la escultura de una cabeza con los pelos convertidos en desordenados círculos metálicos, como circuitos de trayectorias que no pueden partir. Está al lado de ese río, auténtico, cuyas aguas llegarán a un mar también auténtico; ella no lo supo nunca, y ya es tarde para que pueda navegar. Otra escultura y otra cabeza,

la de un busto del emperador romano Aulo Vitellius, que tiene una humillante fregona en vez de pelos, sin duda como rechazo a un hombre corrupto que no quería renunciar a su trono ni huir más allá del horizonte marino, y que tras ser asesinado, una multitud arrastró por las calles con ganchos de matadero hasta el río Tíber, donde lo arrojaron para que su corriente lo llevara al mar y se pudriese en sus aguas. Entretanto, el inmigrante que llegó por el océano a las costas del país, está ya en una ciudad, y mendiga de un barrio a otro, de un templo a otro; al anochecer se recluye en el alojamiento que ha construido con cajas de cartón, envases y embalajes conseguidos en grandes tiendas; dentro de ellas duerme dejando un hueco abierto para respirar el aire de la calle; allí sueña todas las noches que cruza el océano hacia su lejana tierra.

No se ven ni salen a la superficie de sus aguas, sólo existen a lo largo del suelo marino. En 1956 se tendió el primer cable telefónico submarino que cruzó el Atlántico y desde entonces los océanos y mares se han ido poblando de conductos, tuberías, fibra óptica, gasoductos y otras canalizaciones, conectando hemisferios, continentes y naciones; instalaciones que Muñoz Vera no pinta, sino solo aquellas que afloran al aire, como sus obras *Granja eólica* y *Tierra del fuego*: estructuras industriales cuyas sujeciones y cimientos penetran en puntos fijos del fondo marino para elevarse y salir al aire con el propósito de transformar las energías naturales en productivas, que serán conducidas a tierra firme.

Las columnas ancladas en el fondo del océano, salen a su superficie y ascienden hasta culminar en gigantescas aspas que giran lentas o veloces según la intensidad de los vientos, que si son violentos, provocan iracundos oleajes y rayos que golpean y caen inclementes del cielo entre silbidos y estruendos del mar, haciendo girar vertiginosamente sus aspas, como si quisieran hacer volar los campos de energía eólica hacia el cielo. Distinta es la presencia en medio del mar de las plataformas petrolíferas en Tierra del Fuego, que por conductos de sus estructuras inamovibles, expulsan a la atmósfera llamaradas que queman los gases del petróleo extraído; cuando hay tormentas furiosas, los operarios que habitan en su interior, se sobrecogen con sólo oír y ver las olas encrespadas y los arrebatos del fuego en lo alto de sus chimeneas, pero tenaces, no abandonan sus puestos.

Fuera del mar, la tierra también expulsa desde su profundidad abrasadores compuestos que salen por cráteres de forma frenética, repentina y periódicamente, sin poder ser dominados. Nuestro pintor nos muestra al volcán *Llaima* –situado en Chile– en pleno estallido, arrojando rocas ardientes, fuego, lava, cenizas y gases que devastan todo a su alrededor, destruyendo los pueblos, campos y sembrados.

El cielo

En el cuadro *Niebla electrónica*, el vecino de un edificio, en el crepúsculo y sin asomarse a su ventana con antena parabólica, prefiere permanecer dentro de la habitación buscando en su ordenador cómo comunicarse con el mundo y el cosmos. En el exterior, una luna llena vigila el cielo que se adivina invadido de ondas que van y vienen, e inundan de forma invisible todo el espacio a su alrededor, creando una niebla electromagnética y una nueva capa atmosférica de tipo tecnológico alrededor del planeta. Cerca de la ventana iluminada del vecino, en la flecha del chapitel de un templo, además de la cruz y la veleta de los vientos, hay un pararrayos encubierto que protege la antigua construcción de la caída de un rayo, y una esfera que en su interior contiene las reliquias de un santo que ahuyenta los demonios que vagan por el aire, según se creía en el siglo XVI. El vecino –que puede ser un anciano o un niño– está protegido en su espacio sin saberlo, mientras sigue intentando hablar con el mundo y el cosmos.

Desde el cielo acechan otros peligros, energías transformadas y preparadas por mano humana para destruir y matar. Nuestro pintor lo expresa en la terrible escena de un misil –*The BM-21-Grand*– que se dispara veloz hacia una ciudad que ya arde y que pronto será del todo arrasada. También nos lleva a un museo donde pinta *Los hombres huecos*, armaduras vacías de soldados que lucharon cuerpo a cuerpo en antiguos campos de batalla; y que con el paso del tiempo, se han ido reemplazando por otras formas de batallar y otro tipo de soldados; hasta llegar a hoy, donde los protagonistas son armaduras voladoras llenas de explosivos, los misiles, que cumpliendo rigurosamente su misión, perforan la noche encendiéndola de fuego y sangre.

Diferentes son otros cuerpos encendidos que taladran el cielo en bandada; vienen desde un origen indeterminado del cosmos. Son meteoritos que pueden destruir la Tierra si antes no son pulverizados por la fricción de la atmósfera terrestre o por desconocidas razones cósmicas; o también por una acción directa del hombre, o del mismo planeta, que independientemente y sin producir daños, pueden llegar a desviar su aparente y rectilínea dirección. Barreras posibles que tranquilizan a los habitantes y que la estatua de un ángel representa y comparte con sus alas abiertas y dirigiendo su mirada y su mano inmóviles hacia abajo, como si quisiera amparar nuestro mundo y la vida que alberga.

Final

Los meteoritos que llegan a la Tierra, aunque siempre agresivos, también nos entregan noticias del universo y del tiempo sideral, información que los científicos buscan extraer de su materia y energía.

Por otra parte, según las últimas investigaciones y teorías, que incluyen a los grandes telescopios y otros centros de observación cósmica, el universo puede estar compuesto de un 95% de materia y energía oscura y un 5% de materia y energía perceptible por los sentidos y la razón, porcentajes que hasta ahora son imposibles de determinar. Sin embargo, y al mismo tiempo que se intenta desvelar con mayor claridad los conceptos cósmicos, éstos parecen alejarse de la comprensión humana, escondiéndose tras un horizonte en permanente huida.

Así hasta hoy, nos encontramos que en el cosmos caben, por una parte, la materia y energía oscura, cuya existencia está aún por demostrar pero que predicen complicadas fórmulas matemáticas; y por otra parte, la materia y energía visible, la antimateria, los agujeros negros y otras partículas subatómicas son de difícil comprensión ya que pueden transformar su materia en ondas electromagnéticas, y viceversa. Razón por la cual la definición de los conceptos de materia y energía, siguen formulando grandes incógnitas al día de hoy.

En las obras realistas de Guillermo Muñoz Vera se vislumbran estos misterios en cuanto a la materialidad y poderosa energía que transmiten. Pinturas que retratan mares y vientos embravecidos o calmados, montañas y volcanes, flora y fauna, viajes imposibles, o encuentros de culturas y pueblos de diferentes etnias; finalmente, imágenes que conducen al espectador a preguntarse por todo aquello que ocultan.

Madrid, Enero 2023



Journey of a painter

by Roberto Godoy Arcaya